

JUANCHO, EL SANTO MULATO

UN JEREZANO OLVIDADO



De vez en cuando, las personas que acostumbramos a guardar papeles encontramos, para nuestra sorpresa, alguna información que habíamos echado en el olvido. Rebuscando en el fondo de los cajones me apareció la fotocopia de un artículo escrito por el Conde de Canilleros sobre un personaje jerezano olvidado o ignorado para la historia local. Desgraciadamente no guardo referencia alguna sobre la revista en la que fue publicado.

Don Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel, será siempre recordado en Jerez de los Caballeros como la persona que en el año 1968 demostró en una conferencia pronunciada en el Salón de Actos del entonces Instituto Laboral, el indiscutible nacimiento del Adelantado Hernando de Soto en Jerez den los Caballeros con una aportación documental que saldó una vieja disputa.

El señor Conde tenía especial predilección por nuestra ciudad a la que le ligaban lazos de familia¹. Por eso no es de extrañar que dedicara su valioso tiempo de investigador en sacar a la luz esta historia que ahora transcribo.

“En Jerez de los Caballeros, la bella ciudad extremeña en cuyas torres reverbera al sol la policromía de la cerámica, vino al mundo en 1520 un muchacho que se llamó Juan Vázquez de la Parra. Cuarenta y un años antes, en 1579, había nacido en Lima ese mulatito maravilloso que hoy está en los altares con el nombre de San Martín de Porres y en el corazón de millones de devotos con el apodo entrañable de “Fray Escoba”.

Por esos juegos de apellidos tan frecuentes entonces, los de Juan no los usaban sus progenitores, ya que era hijo legítimo de Simón García Cordero y Ana García.

Simón, hombre de mucha ciencia y poca hacienda, pasó con su familia a Méjico para desempeñar el cargo de ministro del Santo Oficio con el que luego fue al Perú, a Lima. Aquí murieron pronto los padres dejando solo y en la miseria a su hijo único quien, triste y enfermo, se encontraba en el cementerio del Convento del Rosario una tarde de los últimos meses de 1634, cuando se le acercó un humilde dominico, un mulato llamado fray Martín de Porres².

Desde aquel instante, Juan Vázquez de la Parra se vería envuelto por el torbellino glorioso de la santidad ya que fray Martín, compadecido de él, lo instaló en su propia celda con el deseo de ocupar el puesto de su padre difunto.

Es curioso, y poco conocido de los que no ahondaron en la vida del santo, este desfile del paternal amor que le uniría hasta más allá de la muerte con el muchacho jerezano al que quiso como a un hijo y al que siempre llamó Juancho.

Juancho, aturdido, deslumbrado, fue testigo de los más grandes prodigios. Los resplandores celestiales que iluminaban la celda, las curaciones milagrosas, las siembras crecidas en pocos días, y las fuerzas de la naturaleza desatadas en los seísmos y obedientes a la voz de Fray Martín, fueron entre otros muchos sucesos sobrenaturales, motivos de su asombro.

En las calles y en los campos de Lima, Juancho y el santo mulato, juntos siempre, llegaron a ser una estampa familiar y querida, símbolo de la caridad cristiana.

Pasaron los años. El muchacho se hizo joven y tuvo puesto en la milicia, por gestiones de su padre adoptivo con el Virrey Conde de Chinchón³, marido de aquella condesa que trajo a España la quinina⁴ y fue llevada al teatro por nuestro Pemán en su poema “La Santa Virreina”.

En 1639, el extremeño iba a marchar por breve tiempo a Panamá. Le ilusionaba el viaje. Por eso consintió Fray Martín que partiera; pero al despedirse, abrazándole triste y emocionado le dijo en tono solemne y profético:

-“Adiós, Juancho, que ya en este siglo no nos volveremos a ver, si me vieras, dudarás”.

Se cumplió pronto una parte de lo profetizado. Ausente el joven, Fray Martín abandonaba este mundo a las ocho y media de la noche del 3 de noviembre de aquel año. Muchos después, en 1660, completose la profecía, en marcha ya el proceso de beatificación, en el que Juancho intervino como testigo principal, que no en vano, como dice el padre Velasco⁵, fue el “alter ego” del santo.

Se había casado tiempos atrás. Estando en casa con uno de sus hijos en brazos, oyó que le llamaban desde la calle. Al salir pudo ver dos dominicos desconocidos, uno de los cuales le dijo:

-“Juan Vázquez, ¿no me conoces?”

Como le profetizara había dudado. Era Fray Martín quien, con una dulce sonrisa, reflejo de aquel inmenso cariño fraternal que iba más de la muerte, agregó:

-“Declara todo lo que sabes y viste el tiempo que anduviste en mi compañía”.

En vida, el santo le prohibía contar las cosas de las que era testigo, autorizándole ahora, porque ya él no importaba, sino solamente la mayor gloria de Dios.

Juancho –nos lo dice en sus declaraciones- volvió a su casa enternecido, con la más profunda emoción. El amor de aquellos padres que le dieron la vida en Jerez de los Caballeros, no pudo pasar de la muerte, el del mulato que le quiso como un hijo, salvaba la infranqueable barrera para cumplir su promesa y volver a verle”.

Hasta aquí el relato del Conde de Canilleros. Con él rescatamos un singular personaje para nuestra historia particular, un personaje forjado en la humildad, la caridad y el amor al prójimo y uno más en la larga lista de los jerezanos que viajaron al Nuevo Mundo en el tiempo de la conquista y la colonización.

En mi libro “Balboa para todos” se incluye el texto de una conferencia titulada “Jerezanos en América”⁶. Yo entonces los cifraba en 222 el número de jerezanos que participaron en la epopeya americana. Ahora sumemos tres más para nuestra historia.

¹ El título de Conde de Canilleros fue otorgado por el rey Carlos III, en 1693, a don Pedro de Porres, Maraver y Silva, Regidor Perpetuo de Jerez de los Caballeros y Caballero de la Orden de Santiago.

² San Martín de Porres Velázquez (Lima, Virreinato del Perú. 1579-1639), dominico. Hijo de Juan de Porres, Caballero de la Orden de Alcántara, y de Ana Velázquez, una negra hora nacida en Panamá. Fue canonizado por el papa Juan XXIII

³ Luís Jerónimo Fernández de Cabrera y Bobadilla, IV Conde de Chinchón, fue Virrey del Perú de 1629 a 1639. Estuvo casado con Ana de Osorio Manrique, hija de los Marqueses de Astorga.

⁴ La introducción de la quinina en la península se debe a la Condesa de Chinchón, Ana Osorio, esposa del Virrey del Perú. Se cuenta que enfermó de fiebres y curó gracias a las infusiones que le facilitaron sus criados indígenas. Por entonces era frecuente la enfermedad de la malaria, sobre todo en las colonias, por lo que el descubrimiento de la quinina tuvo una gran importancia.

⁵ Juan de Velasco (1727-1792) nació en Riobamba (Ecuador) y murió en Faenza (Italia). Perteneciente a la Compañía de Jesús fue un pensador, investigador e historiador de primer orden. Es autor de la “Historia del Reino de Quito”.

⁶ La conferencia “Los otros jerezanos en la Conquista y Colonización de América” fue pronunciada el día 22 de febrero de 2013 en el Centro Cultural San Agustín, dentro del programa de celebraciones del V Centenario del Descubrimiento del Océano Pacífico. “Balboa para todos” vio la luz en el mismo año.